



# La Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
DIRIGIDA POR  
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

## PIO IX.

Una triste nueva ha recorrido estos días los ámbitos del mundo, dejando una dolorosa impresion en el alma de los católicos. El cabeza visible de la Iglesia y Vicario de Jesucristo, el Sumo Pontífice, ha pagado á la muerte el ineludible tributo; Pío IX ha fallecido. Frases de afectuoso respeto y de imparcial elogio ha tributado la prensa al venerable anciano que acaba de morir; y amigos y enemigos le han considerado como una gran figura de su siglo, y LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA, que



Pio IX.

ajena á las luchas de la política tiene por lema la moral, el trabajo y la instruccion, no puede menos de rendir con la mayor sinceridad su tributo de admiracion y respeto ante el cadáver del gran Pontífice, y dar público testimonio de su sentimiento en la muerte del varon virtuoso y ejemplar, á quien hasta sus adversarios conceden de buen grado estos justos epítetos.

No nos es posible en el presente número dar cabida á una biografía detallada de Pío IX, y sin renunciar á insertarla en los sucesivos, nos hemos limitado á dedicarle



estas breves líneas. Interin nuestros jóvenes lectores esperan detalles de una existencia digna de conocerse por la importancia suma del elevado cargo que desempeñó en la Iglesia católica, y la dolorosa senda que en tan difícil situación ha tenido que recorrer, el virtuoso anciano para el gobierno y dirección del catolicismo, les anticiparemos la idea, para ellos como para nosotros altamente simpática, de que Pío IX, aun antes de poseer su suprema dignidad, ha sido grande siempre, porque grande hace la sublime práctica de la caridad. Siempre la caridad ha sido objeto de su preferente cuidado, y por todos los medios ha procurado á sus espensas socorrer á enfermos é indigentes, y crear escuelas donde ejercer esa caridad inteligente que provee á la más importante de las necesidades del espíritu, á la ignorancia, dándole para su curación el sublime sustento de la enseñanza. ¿Cómo no hemos de simpatizar con esta idea los que por ella vivimos y por su desarrollo trabajamos?

LA REDACCION.

## HISTORIA SAGRADA.

JOSE, HIJO DE JACOB.

### III

Humilde siempre el virtuoso hijo de Raquel, no se ensobreció al verse en tan encumbrado puesto. Sin saber á que toda la gloria de que podamos gozar en este mundo es muy misera y perecedera, y que debemos aprovecharla únicamente en cuanto nos pueda ser útil para aspirar á la eterna. Pudiera vengarse ahora á su satisfacción contra su calumniadora, la esposa de Rubén; mas no hizo otra cosa que manifestarle claramente que le perdonaba con toda sinceridad. ¡Qué ruego más singular, amado niño! ¡Ah! tenéis el más noble corazón, en el que el rencor no tiene entrada!

Encargad José de decirle cuanto José

necesario para hacer provisiones para los años de escasez que habian de venir, mandó que se construyesen grandes graneros en cada pueblo, y uno de dimensiones proporcionalmente mayores en Egipto, para que pudiera remediar por sí solo las necesidades de la corte y del extranjero. Durante los años de abundancia mandó depositar en dichos graneros la quinta parte de las cosechas de trigo, y llegado lo de escasez, el hambre se fue generalizando por la pérdida total de los frutos. Entonces José hizo abrir los graneros, con lo que se consiguió no solamente remediar al pueblo egipcio, sino tambien á las naciones vecinas que sufrían la misma calamidad. José fue justamente aclamado por el pueblo, que agradecido á tan insigne merced, le dio el título de salvador de Egipto.

El país de Canaan, como limítrofe á Egipto, tambien sintió los rigores del hambre. Aquí moraba Jacob con sus once hijos, y habiendo sabido que en la capital de Egipto habia un granero abierto á los extranjeros, envió á sus diez hijos mayores á comprar trigo, quedandose solo con Benjamín, niño de corta edad, en quien habia concentrado su cariño por ser tambien hijo de su amada Raquel. ¿Cómo podía imaginarse Jacob que el memorable ministro egipcio, que por su provision y sabiduría no solo era la salvación de Egipto sino tambien de las naciones vecinas, era su hijo José, si él creía que doce años antes habia sido devorado por una fiera, segun se le demostraba la túnica ensangrentada? Ahora llegamos, queridos lectores, á lo más interesante de esta historia; vuestra vista recorrerá ligeramente estas líneas para llegar pronto á su final.



Llegan a Babilonia los diez hijos de Jacob, y se dirigen al primer ministro en solicitud de lo que pretendían. José los conoció al instante e hizo que ellos no le conocieran, para lo cual jamás se entendían su lengua, y les hablaba por medio de intérpretes. Esto de nuevo a Benjamín, temiendo que se hubiesen portado con este hermanito como con el, dióles á entender que los tenía por espías, y que los trataría como á tales si no le daban cumplida satisfacción manifestando sinceramente quienes eran y á qué venían. Contestaron con la mayor humildad que todos ellos eran hijos de un mismo padre, anciano ya, á quien habían dejado en Canaan en compañía de otro hijo menor llamado Benjamín, mientras que ellos habían venido á Egipto á comprar trigo para alimentar á su familia, porque en su país se estaba padeciendo un hambre cruel. Entonces José que no le satisfacía esta explicación; y así dispuso se les detuviera en la cárcel. Ellos horrorizados traían á la memoria los delitos que habían cometido, y especialmente el de haber vendido á su hermano José á quien creían muerto, y se decían: "Dios es justo, y lo que hoy nos acontece es en castigo de la maldad que cometimos contra José." Esto que le oía y entendía, sin que ellos lo advirtiesen, se emborrascó hasta el punto de tener que retirarse para ocultar sus lágrimas. Después de tres días mandó sacarlos de la cárcel, ordenándoles que para poder regresar á su país debían quedar uno de ellos en rehenes, hasta que trajeran al hermanito que decían haber quedado con el padre, y vieran acreditada la satisfacción que habían dado de su persona. Al día siguiente, y mandó que se le llevara la saca de trigo, enviándole secretamente en ella el dinero que habían entregado por el importe, por quedárselo á sí mismo, uno de los hermanos, en virtud de la exigencia mencionada.

(Se continuará)

## EL HORÓSCOPO (1)

En un pueblo de peces, si hubiere río, donde el cojo corre como topo, el ciego no ve muy lejos de sus ojos, y el que no tiene dedos coge todo lo que ve, vivió un ente, medio docto, medio estúpido, que, como hubiese dormido diferentes veces sin otro techo que el éter, creyóse el hombre inteligente en los fenómenos del cielo.

En el reino de los ciegos el tuerto es rey, dice el vulgo; por ende Perico fué creído de sus vecinos como horóscopo, y le dieron culto reverente. Y héte que Perico se cree semi-Dios, y como ningún necio se conoce, hoy compone libros que predicen sucesos celestes, después pretende escribir sobre hechos del suelo, y luego se finge médico.

Sus pobres convecinos le siguen por doquier; uno le pide que le cure un ojo enfermo, y él le convierte en tuerto; otro pretende que le quite los demonios del cuerpo, y él le vuelve tonto y epiléptico; quien le exige que trueque el sílice en pienso con que nutrir el mulo; esotro quiere que le pronostique qué fruto de bendición tiene oculto su cónyuge; y él siempre responde, tieso y cejijunto, que todo eso pueden conseguir sus conocimientos.

Su nombre corre de unos en otros, cunde el deseo de conseguir mercedes, y los que con el sudor de su rostro comen, no quieren disminuir sus medros; y todo es confusión y desconcierto.

El que rige los destinos del pueblo creyó oportuno el momento de intervenir y poner coto en los delirios de los infelices sorprendidos.

Llegóse donde Perico vive, y en tono entre descompuesto y dulce, le dice:

—Estoy lleno de tus necios pronósticos.

—¿Necios dice su merced?—reponde Perico.

—Sí, necios y pretenciosos.

—Señor, su merced ve que no pretendo.

—Pero coges.

—Si me ofrecen y no cojo, necio seré.

—Eres un pollino lleno de humo, y si sigues con tus pretensiones é invirtiendo el orden, un encierro te destino, donde no mires otro cielo que el de noche perenne. Que te reportes y vive prevenido, pues no sufriré que explotes hombres ingenuos.

(1). Ofrecemos un costoso regalo al lector por cada letra A que encuentre en este artículo.



Y su merced se retiró muy hueco.

Perico elevó los ojos, cerró los dientes, dió tres golpes con un pié en el suelo, y despues de reprimir un quejido, sopló fuertemente y dijo:

—¡Me destruye mi suerte! Preciso es que dé un golpe decisivo que eternice mi nombre; si no, ¡pobres ilusiones de mi pecho!

Y se encerró en su cubículo, y en mucho tiempo no se dejó ver, consumiendo los co-

mestibles que fué recogiendo por sus pronósticos hechos en otros tiempos.

De pronto le ven en el pueblo; todos corren, recelosos de su suerte, y él corre el primero.

—Se volvió loco,—dice uno.

—Puede que esté furioso,—repone otro.

—¡Que le sujeten!—prorumpo éste.

—Déjenle correr,—propone estotro.

Y Perico se detiene en donde vive el que



Trajes de máscara para niños.

dirige los destinos del pueblo, y con respeto le dice:

—Señor, yo no soy un mentiroso; mis conocimientos son científicos, y lo pruebo si su merced me consiente que formule uno muy de bulto.

—Ve bien lo que ofreces, Perico, que si nos mientes te corto el cuello.

—Estoy conforme, y digo que el trece veremos un terrible eclipse de sol resuelto en viento; y un globo inmenso desprendido del cielo debe hundir el pueblo en lo profundo.

Fué de ver y oír los extremos y quejidos de chicos y hombres, de creyentes é incrédulos,

y todos le dieron dinero por que les dijese los pormenores del suceso, queriendo huir con tiempo del terrible fenómeno predicho. Perico vió su bolso repleto, y dijo en su mente:

—Negocio hemos hecho. El trece nubes y vientos, lo dice el librejo. Si viene ó no viene sobre nosotros el globo, yo cosecho en este tiempo, y el doce, si te ví, no recuerdo.

Y siguió cogiendo *trigo*; y llegó el trece; y se nubló, y el templo se vió lleno de gente, pidiendo socorro del Cielo.

Y Perico, poniendo terreno entre el pueblo y él.

Y el demonio, eterno protector de pillos,



hizo que un enorme pedrusco vecino del pueblo se desprendiese, y descendiendo con estrépito, hundiese pobres rediles y mezquinos tugurios, confundiendo muchos que de ternes presumieron.

El pueblo corre en seguimiento de Perico, no le ve en su chiribitil, sigue por el ejido

y le distingue muy lejos. Él cree que quieren cumplir lo ofrecido, y huye; pero le cogen, y le vuelven en triunfo.

Regios festejos lucen en su honor. Los muertos en el hoyo, y Perico en el poyo: le hicieron su jefe, y héte Periquito hecho monje.



¡El niño... sabio!

Muchos hombres estudiosos é ilustres gimen en un rincón oscuro. Muchos estúpidos sin miedo suben y suben.

Siempre el demonio suele desprender los pedruscos.

CÁRLOS SCARLATTI Y NOVELLA.

(La Familia.)

### ¡EL NIÑO... SABIO!

Como sucede desgraciadamente que muchísima gente saca de la instrucción muy poco fruto, hoy en el mundo, aproximadamente, se escuchan diez sandeces por minuto. El pobre Eduardo, niño muy curioso y muy metóme-en-todo y... muy cargante,



oyó algunas sandeces, y orgulloso porque las aprendió se hizo pedante. Sus diez años tendría, y tan hombre y tan listo se creía, que en las conversaciones de personas formales entraba, y les decía unas majaderías colosales. Su madre con cariño quería convencerle de lo necio que era el hacerse el hombre siendo un niño; pero él miraba con tan poco aprecio los consejos amantes que le daba, y en vez de agradecerlos se enfadaba. —¡Tengo razón, decía, y yo me fundo en que somos iguales todos los que vivimos en el mundo, puesto que todos somos racionales! —¡Ah! dijo su mamá, muy bien; de modo que tú ya puedes alternar en todo con personas mayores. Pues bien, hijo, no llores; desde ahora mismo estás autorizado para hacer lo que quieras, y esto te lo prometo tan de veras que por que más á tu deseo cuadre hoy vas á ser igual á tu buen padre y á mí también, á ver si estás contento, y vamos á empezar en el momento. Mira, voy á adornarme un lindo traje que ya estoy concluyendo, encárgate de hacerme tú el encargo. ¿Por qué no has de entender lo que yo entiendo? Quedó el niño cortado, mas como era bastante descarado la replicó en seguida: —¿Yo labores, mamá? Nunca; en la vida querré siquiera conocer los nombres, á mí... me gustan cosas propias de hombres. —Bien, hijo, voy al punto á complacerte, voy á tener el gusto de darte un agradable rato. ¿Me leerás el relato de una bella aventura en ese libro de literatura que hay sobre el velador?

—¿Leer? al punto.

—Me alegro, ya verás qué bello asunto. Cogió el libro el rapaz con ligereza, le abrió, fijó sus ojos... y Edwardito tuvo la gran certeza de no entender ni jota de lo escrito. Era un libro en inglés, y no podía leer aquello mismo que veía. —Ese libro escribí, dijo la madre, es un hombre como tú, lo lee tu padre y lo traduce, y tú por consiguiente lo debes entender perfectamente.

—¡No, dijo el niño entonces, no lo entiendo!

—¡Vamos! dijo la madre, ¿lo estás viendo cómo el ser racionales no da conocimientos especiales? Escucha, Eduardo mío, y no te ofendas, hasta que estudies mucho y mucho aprendas no pretendas jamás de ningún modo el entender de todo, porque es la petulancia defecto más ridículo en la infancia.

C.

## CORONA DE LA INFANCIA <sup>(1)</sup>

### IX.

#### EL NIÑO MELINDROSO.

—Mamá, el almuerzo no me gusta hoy.  
—¿Que no te gusta, Carlitos?  
—¡Oh! no; mande V. á la criada que me haga otra cosa.  
—Y á mí también.  
—¡A ti también! pues otras veces has comido sin decir nada, Luisa.  
—Como Carlos no quiere, y le vá V. á dar otra cosa...  
—¿Quién te ha dicho eso?  
—Es que...  
—Tu hermano se irá al colegio sin almorzar, si no quiere comer lo que le he puesto, y tú si sigues su ejemplo, harás lo mismo también.  
—Pero mamá, ¿qué mal hay en que no me guste una cosa? ¿es preciso comer tortilla á la fuerza?  
—Es preciso comer de todo, y dar además gracias á Dios por los manjares que disfrutamos.  
—Pero...  
—Escucha, hijo mío; al mandarte que me obedezcas en cualquier cosa, deseo que comprendas que mis mandatos son justos, y que los cumplas, tanto porque todo niño bueno debe hacerlo así, como porque te convenzas de que mis palabras sólo se dirigen á tu bien y á enseñarte tu deber. Para que lo conozcas oye lo que voy á contarte. Había un matrimonio que era muy feliz porque tenía muchas riquezas y dos niños muy hermosos á quien el padre y la madre adoraban con locura. No había deseo que no vieran cumplido, no había capricho que no tuviesen satisfecho. Cuando se sentaban á la mesa todo

(1) Véase la pág. 32.



les parecía mal y de nada querían comer, encontrando los mejores platos repugnantes y detestables, hasta que á fuerza de cambiarlos lograban satisfacer su gusto. Un día que habían ido con una de sus criadas á pasear al campo, se encontraron un pobre niño, que sentado en una piedra comía con alegría un pedazo de pan negro y una naranja no muy dulce. Aquel niño corrió hácia ellos y abrazó presuroso á la mujer que les acompañaba y que era su hermana.—¿Dónde ibas, Juan mío? le preguntó esta con cariño.—He venido á traerle la comida á padre que está trabajando cerca de aquí; y tú, dónde vas? —Yo he salido á dar un paseo con los hijos de mis señores.—¡Ah! ¿son estos? preguntó Juan mirando á los niños, y después de saludarlos con la franqueza de su edad, les ofreció su pan y su naranja con la mayor buena fé del mundo. Escusado es decir que ellos no sólo no aceptaron, sino que hicieron mil ademanes de repugnancia, diciendo con acento despreciativo que no sabían cómo había personas que pudiesen comer aquello.—Este es mi almuerzo de todas las mañanas, dijo Juan sencillamente, y doy gracias á Dios que no me falta, cuando otros pobrecitos no comen nada en todo el día. Los niños ricos no le respondieron, ni se pararon á pensar en aquellas hermosas palabras, y siguieron su paseo con el mayor regocijo. Pasó algún tiempo, y por causas, muy comunes en la vida, pero que vosotros no entendéis aun, aquellos niños perdieron no sólo sus riquezas, sino también sus padres, quedando en la mayor indigencia y careciendo hasta de lo más necesario. ¡Acaso esto fué un castigo de Dios, porque habían mirado con desprecio los dones de su santa mano! ¡acaso fué una lección para corregirles de sus defectos! ello es que sin padres y sin caudal ningún pariente quiso recogerlos, porque sabían lo mal educados, lo exigentes y lo delicados que eran; y sin tener asilo, ni refugio, ni pan, sólo la caridad les abrió sus brazos.

De la noche á la mañana, hijos míos, aquellos niños se hallaron en el hospicio. ¡Imposible me sería pintaros lo que sufrieron allí, ellos tan mimados, tan queridos y tan delicados! ¡tres días pasaron sin probar alimento alguno! cuanto les daban les repugnaba, y no podían decidirse á comerlo.

El menor, más débil y con ménos resistencia, sucumbió al fin, y al cuarto día no pudo levantarse de su pobre y miserable lecho. En vano le instaban á que tomase el sustento que tanto necesitaba, él movía su cabecita de un lado á otro negativamente, y ni aun podía abrir sus ojos ni sus labios. El desgraciado niño no tenía ya su madre que le mimase y le regalase entre mil cosas aquella que fuera de su gusto, y se moría de necesidad porque nada estaba acostumbrado á comer de cuanto allí le ofrecían, y porque desde su infancia no se habían dedicado á vencer su resistencia. Su hermanito, que obligado por el hambre había tomado ya la pobre sopa del hospicio, aunque mojándola con sus lágrimas, se desesperaba y suplicaba en vano al infeliz enfermito, sin que este quisiera oírle.—Come, le decía con angustia, come por Dios; porque si nó, dicen que te vas á morir y me vas á dejar solo aquí! Él siempre contestaba moviendo la cabeza y callando; ¡es verdad que aunque ya hubiera querido ceder á aquellas súplicas hubiese sido inútil porque había perdido las fuerzas!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## LA VÍRGEN DE LA PALOMA.

Enfermo se encuentra el niño,  
y su madre, que le adora,  
vierte lágrimas amargas  
y no sale de su alcoba.  
En vano de la botica  
apuró todas las drogas;  
en vano del arte médico  
se agotó la ciencia toda;  
nadie puede dar la vida  
á aquella flor que se troncha,  
á aquella luz que se extingue  
y que merma hora por hora.  
Se duerme, la calentura  
le rinde al fin y le postra.  
La madre afligida entónces  
toma una vela, llorosa,  
y le encomienda á la Virgen,  
la Virgen de la Paloma.

—He tenido un sueño, madre,  
que mis sentidos conforta;  
soñaba que se acercaba  
á mi lado una Señora,  
vestido de negro el cuerpo,



la frente de blancas tocas;  
y cogiéndome las manos  
entre las suyas hermosas.

—Vive, niño, me decía,  
vive, tu madre te adora.  
Y me besaba en la frente.  
¡Bendita sea tu boca!—

—  
Ya está bueno el niño; juega  
y corre la casa toda.  
Su madre le lleva al templo:

—Hijo, las rodillas dobla,  
y da gracias á la Virgen  
porque la salud te torna.

—Si haré: ¡ay madre, es Ella, es Ella!

—¿Quién es?—Aquella Señora  
que cuando yo estaba enfermo  
fué á visitarme á mi alcoba;  
la que tomando mis manos  
entre las suyas hermosas,

—Vive, niño, me decía,  
vive, tu madre te adora,



Elementos de dibujo.

la que me besó en la frente...

¡Bendita sea tu boca!—

—¡Bendita sea la Virgen,  
la Virgen de la Paloma!

NARCISO SERRA.

## SECCION DE LABORES

### TRAJES DE MÁSCARA.

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 44.

Traje *Válaco* de terciopelo carmesí, adornado con  
trecillas de oro.

Idem de *Española* (según los franceses), de seda  
ó satén, de color de rosa; mantilla blanca,  
basquiña negra de pana, media de seda y za-  
pato de satén.

Idem de *Locura*, de seda ó cachemir azul; la fal-  
da lleva cascabeles en la punta, así como el  
sombrero y el collar.

Idem de *Vasco* (Bajos Pirineos), de pana negra  
con adornos azules; del mismo color debe ser  
la boina, las medias y la faja.

(Del último figurín de Paris de *Le Journal des enfants*.)

Recomendamos á nuestros lectores la adquisi-  
cion de la obra *Don Quijote de la Mancha*, del in-  
mortal Cervantes, que ha empezado á publicar-  
se en Alcalá de Henares, y cuyo anuncio podrán  
ver en la cubierta del presente número.

Solucion del acertijo del núm. 53:

CUENCA.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.